

Manuel Oliveira

La sombra de la historia (extracto)

Texto publicado en el catálogo *La Sombra de la Historia*, Centro Galego de Arte Contemporánea (CGAC), 2008

(...)

Invisible es todo aquello que no es perceptible a través del sentido de la vista, y también lo es todo aquello que escapa a la acción de la mirada. Una y otra, vista y mirada, tienen sus respectivos límites perceptivos que son los que generan la invisibilidad. Hay, pues, una doble condición para que se produzca la invisibilidad: la que tiene que ver con la vista (incapacidad del ojo humano para percibir ciertos tipos de luz, por ejemplo) y la que tiene que ver con la mirada (ese constructo cultural derivado del bagaje conceptual, cultural, experiencial y psicológico de cada persona). Este tipo de impedimentos son los que incapacitan para percibir y acceder a ciertos hechos, fenómenos y presencias.

El paisaje es una construcción de la vista y, sobre todo, de la mirada porque es la cultura la que nos permite apreciar las conformaciones derivadas de diversas fuerzas de la naturaleza y de la humanidad. Aunque no las veamos, la supuesta virginidad del paisaje no hace sino esconder infinidad de marcas de la acción humana. Tal es lo que ocurre en todas las obras de Xavier Ribas (Barcelona, 1960), en especial en esta serie de fotografías que llevan por título *Barro* (2006). Al igual que ocurre con otras obras del artista tales como *Estructuras invisibles*, en *Barro* la naturaleza ha invadido la cultura, la vegetación ha recuperado el espacio que le había robado la edificación de una ciudad y la ruina ha ocupado el espacio otrora propio de una urbe. Es como si el poder y la exuberancia de la naturaleza fuese capaz de desbordar la acción humana para redibujar la presencia de restos arqueológicos, legados históricos, memorias vivenciales y archivos culturales. En este caso una avalancha de barro en Guatemala ha cubierto toda una ciudad y lo que ella genera (cultura, memoria, construcción, educación, comercio, archivos, bibliotecas, hospitales). Todo queda cubierto por el barro, pero también todo sigue ahí. Todo es invisible, pero en el fondo todo está también presente. Un paisaje (natural) se ha comido otro paisaje (construido). Una ciudad ha sido engullida por la naturaleza, y todos los archivos han desaparecido de nuestra vista (incapaz de atravesar la opacidad de la materia) y para la mirada (que no ve sino una informe capa de barro), pero los archivos y todo lo demás están ahí, los restos y la documentación quedan tan sepultados como guardados para quienes tengan instrumentos con los que volverlos accesibles y visibles y con los que poder recrear la vista y la mirada con todo lo que ahora se muestra como invisible.

El entramado y la red subyacentes quedan imperceptibles. Es necesario detener por largo tiempo la mirada y actuar de forma metódica en el rastreo visual para comprobar que, efectivamente, no es naturaleza informe lo que vemos sino la capa de barro que esconde y/o guarda parte de la realidad o ciertos documentos de la misma. Toda realidad tiene partes visibles y otras invisibles, y es necesario relacionar adecuadamente ambas esferas para tener una idea más compleja del entramado real y ficcional que es toda realidad.

La superficie de la tierra y las ficciones de la mente tienen un modo de desintegrarse en regiones distintas de las del arte porque es como si éste les proporcionara un espacio en el que continuar solubles. Varios agentes, tanto ficcionales como reales, y muchos de los procedimientos habituales en el terreno del arte de alguna manera intercambian de lugar entre sí para generar un espacio de excepción en el que sea posible mantener unida la superficie de la tierra, la historia de la misma y las ficciones y relatos que sobre una y otra construimos.

Es imposible evitar el pensamiento lamacento cuando se trata de proyectos artísticos vinculados a la tierra o relacionados con aquello que denominaremos a falta de mejor nombre “geografía abstracta”. La mente, memoria y la tierra se encuentran en un proceso constante de erosión en el que ríos mentales culebrean y derrumban bordes abstractos y reales, ondas cerebrales desgastan pedruscos enormes de pensamiento, las ideas se descomponen en piedras más pequeñas de desconocimiento, y cristalizaciones conceptuales se desmoronan en residuos arenosos de razón. La tierra, la memoria y la mente tienen facultades en perpetuo movimiento y se presentan en este símil geológico de forma que en ellas se llegan a mover de la forma más física posible.

Aunque ese movimiento o cambio llegue a parecer o a aparentar inamovible, él llega a reventar el paisaje de la lógica bajo devaneos de tiempos glaciales. Ese flujo lento torna consciente el temporal de pensamientos sobre el arte y sobre el estatus de las imágenes en este complejo mundo actual. Colapsos, deslizamientos de escombros, avalanchas y aludes, todo eso acontece en la tierra y en los límites figurados del cerebro. La tierra y el cuerpo todo son empapados de lama y barro, de sedimentos cerebrales donde las partículas y los fragmentos se dan a conocer como consciencia sólida. Nuestro conocimiento del mundo es tan frágil como la propia tierra. Nuestra cognición es tan frágil como el estatus de las imágenes o el sostenimiento de las creaciones humanas sobre la omnipotente naturaleza. Un mundo frágil y fracturado nos cerca y cerca al artista. Organizar esa confusión y esas corrosiones en la tierra y en el arte es el motivo del proceso productivo del creador para poder reintegrar el conocimiento entre la profusión de avalanchas que amenazan tanto a la tierra como al arte, tanto a la civilización y a todas sus instituciones como a las imágenes que sostienen todo el entramado cultural de este inicio de milenio.

(...)

© Manuel Olveira